

Iglesia y patria. ("La Publicidad", Barcelona, 11 setiembre 1918).



La Iglesia debe ser un medio religioso y no un fin; pretende haber sido instituida para salvar las almas de los fieles y esta salvación es el verdadero fin religioso. De aquí pasaron los teólogos católicos a enseñar qua fuera de la Iglesia, de la suya, se entienda, de la romana y papal, no hay salvación.

Aunque según la doctrina ortodoxa, expresada en el catecismo, la Iglesia es la congregación de los fieles todos cuya cabeza es el Papa, de hecho la Iglesia se ha reducido al sacerdocio, a los que viven del altar. Todos los demás se han hecho a delegar su conciencia religiosa y a atenerse a la fe implícita con la consabida fórmula de "eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante, doctores tiene la Santa Madre Iglesia Católica que os sabrán responder". El término fatal y terrible de esa delegación y de la fe implícita ha sido el dogma de la infalibilidad del Papa. Y por otra parte, los mandamientos de la Iglesia, puestos en la práctica al mismo nivel, cuando no por encima de los llamados de la ley de Dios, del decálogo, pesan sobre la conciencia del católico.

Un proceso análogo ha ido siguiendo esa otra religión del patriotismo, como se ve muy bien entre los trogloditas y patrioterros de toda laya.

Las patrias, las naciones, las sociedades civiles son medios para cumplir la justicia y no fines en sí. El fin de las patrias es procurar libertad a los ciudadanos para que éstos puedan realizar su fin individual, que es el de desarrollar su personalidad espiritual toda. El fin de las patrias todas es la más perfecta realización del hombre. Y como la libertad es la conciencia de la ley civil se ha podido decir que fuera de la patria, de la sociedad civil, no hay libertad. Los salvajes no son en realidad libres.

Peró este principio de que fuera de la patria no hay libertad hase convertido en un dogma, con el valor de los dogmas eclesiásticos—eclesiásticos y no religiosos, pues la religión no tiene dogmas—y también en patriotismo, como en eclesiasticismo, se ha delegado y hay la terrible fe implícita; que es la que permite el despotismo con su cola de tratados secretos, y se ha venido, por último, al dogma de la infalibilidad política del soberano. En cuanto el soberano, llámese Kaiser o de otro modo, declara la guerra a otra patria, el súbdito no puede discutir la justicia de esa guerra y es deber suyo acudir a ella.

El bárbaro aforismo aquel de que contra un padre no hay razón, se ha aplicado a la patria. Y se llama ir contra la patria oponerse a sus injusticias y denunciarlas. Pero la conciencia civil

del ciudadano, su sentimiento de la justicia, debe estar por encima de ese supuesto deber patriótico.

Hay católicos de esos de que fuera de la Iglesia, de la suya, no hay salvación, de que un niño no bautizado o un santo calvinista, judío o racionalista—y los hay—se condenan, y los hay por falta de conciencia propia religiosa, de libertad cristiana. Esa bárbara creencia es una de las mayores vergüenzas del espíritu eclesiástico. Y hay trogloditas o patrioterros de esos para los cuales no le es lícito al ciudadano oponerse a los supremos decretos de guerra o paz del soberano, y los hay por falta de conciencia propia civil. Este bárbaro principio es una de las mayores vergüenzas del espíritu militar. Porque el espíritu militar prescribe que no se puede discutir la licitud de una guerra a que se lanza la patria representada por su soberano o sea, en la práctica, a que el soberano lanza a la patria. Y la lanza a ella empujado las más de las veces por esa tenebrosa camarilla, compendio de barbarie y despotismo, que es el Estado Mayor del ejército. La gloriosísima revolución que fué en Francia el "affaire" Dreyfuss, fué el pueblo la verdadera patria—que esta es la congregación de los ciudadanos todos—contra el Estado Mayor que pretendía monopolizar el patriotismo e imponer a los ciudadanos la fe patriótica implícita y el terrible dogma del secreto profesional.

¿No comprende, pues, el lector cómo los más genuinos católicos por exclusión, los católicos que de cristianismo nada saben, los de que fuera de la Iglesia no hay salvación posible y que se condenan los niños y los buenos no bautizados por ella, los eclesiasticistas, en fin, vean en el patriotismo dogmático de los súbditos del Kaiser un reflejo de su propia creencia? El patriotismo militarista o autoritario, el que rechaza el libre examen, no es sino la religión eclesiástica trasladada a lo temporal y terreno. Y así como el verdadero cristianismo, el evangélico, ha tenido siempre que luchar contra el eclesiasticismo, así el verdadero patriotismo, el civil, el que sabe que la patria no es sino un medio para realizar, por la libertad, la justicia, tendrá que luchar contra el militarismo, que no es el predominio del ejército precisamente, sino de los dogmas de la profesión militar de que son depositarios los tenebrosos Estados Mayores que juegan con la paz de los pueblos.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

Iglesia y patria - La Publicidad. Barcelona
11 set. 1918



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES